MENÉNDEZ PELAYO: EVOLUCIÓN DE SU ACTITUD ANTE EL KRAUSISMO

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA

Ya desde joven y a lo largo de su vida mostró Marcelino Menéndez Pelayo una animadversión hacia el krausismo, sentimiento puesto de manifiesto a través de múltiples polémicas y de las opiniones sobre este movimiento filosófico que aparecen en algunas de sus cartas y de sus obras. La reciente publicación de su *Epistolario* permite valorar mejor el criterio que le merecieron desde la intimidad aquellos hombres y el carácter de la filosofía krausista.[1] Los estudios escritos después de su muerte sobre el krauso-instituacionismo contienen, salvo algunos trabajos objetivos y desapasionados, un amplio abanico de juicios, tanto de justificación y alabanza como de condena, pero todavía se hace necesario profundizar en algunos aspectos de las relaciones que mantuvo con este grupo intelectual y hasta dónde llegó el conocimiento de su filosofía. Este es el tema que, por parecernos importante, nos propone-

[1] Marcelino Menéndez Pelayo, *Epistolario*. Edición al cuidado de Manuel Revuelta Sañudo (Madrid: Fundación Universitaria Española, 1982-1991) 23 volúmenes. Todas las citas se harán por esta edición (E) indicando el volumen y página. Igualmente utilizamos las siguientes siglas y abreviaturas: CE = *La Ciencia Española*; HH = *Historia de los heterodoxos españoles*; HIE = *Historia de las ideas estéticas en España*; MP = *M. Menéndez Pelayo*, y BBMP = *Bol. de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*.

mos esbozar a través de la consulta del archivo epistolar y del inventario de los autores existentes en su Biblioteca, para conocer, de esta manera, los libros krauso-institucionistas que le interesaron y aquellos que contienen dedicatorias.

Los biógrafos y estudiosos de la obra del santanderino, consideran que hubo, al menos, dos etapas en su vida y que la primera, de «ardor juvenil» y de carácter polemista, se fue atemperando con los años hasta el punto de ofrecer una actitud más objetiva y conciliadora respecto a determinads ideas y personas. Es durante la época inicial cuando mantiene la controversia con Manuel de la Revilla (1874) y luego sobre la ciencia española (1876-1877); contiende, una vez más, en Santander a través de la prensa con el escritor y gobernador en varias provincias Juan Ángel Gavica y Echezábal (1846-1879),[2] con motivo del retrato de un krausista que, con el título de «Un sabio», había escrito José María de Pereda en *Tipos trashumantes* (1877). Finalmente, publica en 1882 el último volumen de su *Historia de los heterodoxos españoles*, obra en la que incluye a las principales figuras de la plana mayor krausista. Pero no siempre fue así y, aunque en realidad nunca compartió sus ideas ni pactó con los discípulos y continuadores de Sanz del Río, llegó a reconocer su honradez y también su influencia en el despertar de la inquietud filosófica en España en unos momentos en que, prácticamente, era inexistente en los ámbitos intelectuales y universitarios. Aquel antagonismo fue muy precoz y se remonta a la época de estudiante. Tenía origen en su formación conservadora en el seno de una familia católica y en el marco de unas amistades en las que prevalecía el pensamiento tradicional propio de la derecha burguesa, así

[2] Sobre Ángel Gavica, ver *El Eco Montañés* del 22 de mayo de 1879 y su artículo costumbrista «Las niñas, las mamás y los indianos» y el poema festivo «Recuerdos», en *El Montañés, Almanaque para 1867* (Zaragoza, 1866), pp. 43-48 y 79-80. Ver, igualmente, «La nueva contribución», *El Montañés. Almanaque Literario para 1868* (Santander, 1867), pp. 29-34. A su muerte se abrió una suscripción para levantarle un mausoleo. Ver, al respecto, *El Aviso* de Santander del 29 de mayo y del 25 de septiembre de 1879, pp. 6 y 2.

como en una oposición política, religiosa e intelectual a la filosofía krausista, que le parecía confusa y extraña al pueblo español, aparte de peligrosa para la juventud, entre la que tuvo numerosos partidarios y simpatizantes.

No fue siempre el escritor santanderino justo y objetivo a la hora de valorar a los krausistas y a sus continuadores los institucionistas. A los primeros los calificó de «sectarios» y «fanáticos», comparándolos con una «logia», una «tribu», un «círculo de alumbrados» (HH, VI, p. 385), y a los segundos, representados en la persona de Francisco Giner de los Ríos, los consideró «pedagogos insufribles» (E, VIII, pp. 56-7). De poco valió que amigos suyos y hombres de prestigio, como Juan Valera o Leopoldo Alas, abogaran en favor de ellos. Tampoco su simpatía hacia Augusto González de Linares y Rafael Altamira sirvió para modificar unos criterios muy arraigados en su personalidad.

Valoraciones antikrausistas

Cuando Menéndez Pelayo se refiere a Krause, sus juicios no son en conjunto acertados y le estudia más en función de su arraigo e influencia en España que por su valor filosófico, que no le merece una especial estimación; por ello alude a su «flaqueza intelectual» y dice que algunas de sus interpretaciones filosóficas le parecen más propias de un «iluminado vulgar que de un espíritu científico» (HIE, IV, 268).

Ya en los *Heterodoxos* le había estimado un filósofo de segundo orden, juzgándole «un teósofo, un iluminado ternísimo, humanitario y sentimental, a quien los filósofos trascendentales de raza miraron siempre con cierta desdeñosa superioridad, considerándole como filósofo de logias, como propagandista francmasónico, como metafísico de institutrices, en suma, como un charlatán de la alta ciencia que la humillaba a fines inmediatos y no teoréticos» (pp. 375-376).

En su Biblioteca se conservan los siguientes libros de Karl Christian Friedrich Krause: *Ideal de la Humanidad para la*

vida (Madrid, 1860), versión de Julián Sanz del Río, y *Compendio de Estética,* traducido y anotado por Francisco Giner (Madrid, 1883).[3] Su conocimiento de Krause le llega, pues, en parte, a través de estos autores españoles y, por supuesto, no le gusta ni le concede una alta categoría científica, excepto entre juristas y pedagogos. Es su amigo y condiscípulo Leopoldo Alas el que insiste en este aspecto y le escribe al respecto: «Del Krause del que yo me atrevo a responder es del Krause filósofo del Derecho, y en este punto creo que se equivoca usted al negarle toda influencia actual» (E, IX, 134-139). A continuación, le dice que lo confirma Schöfel, en el que se nota el valor que concede a este filósofo. Lo mismo opinaba Francisco Giner, en la introducción a la citada traducción del *Compendio,* al afirmar: «Es uno de los hombres que más hondamente han removido en estos tiempos nuestro petrificado espíritu nacional y ejercido más poderoso influjo en su cultura y sus manifestaciones» (p. XI).

No fue Sanz del Río el único ni el primero que admiró la filosofía alemana, dada a conocer entre nosotros por Balmes, como ya advirtió Menéndez Pelayo, y en el caso de Krause, principalmente a través de su discípulo H. Ahrens, autor traducido al español en 1851 por Ruperto Navarro Zamorano. Ya de 1836 a 1838 se había editado en París *Cours de philosophie* de H. Ahrens y en Bruselas, *Cours de Droit naturel,* del mismo autor, en 1838, obras que circularon y se leyeron en España. El Ateneo de Madrid fue centro de difusión desde el que varios autores se refirieron a la filosofía española y europea. Así, durante su permanencia en Madrid, Tomás García Luna se encargó de la cátedra de Filosofía en la referida institución, y pronunció un ciclo de conferencias que luego fueron publicadas con el título de *Lecciones de Filosofía Ecléctica* (1843). En la Biblioteca de don Marcelino se hallan los dos vo-

---

[3] En la Biblioteca de MP existe también el libro de Johann Heinrich Krause, *Plotina oder die Kostüme des Haupthaares bei den Völkern der alten Welt* (Leipzig, 1858), que está sin abrir, excepto en las cuatro primeras páginas del prólogo.

lúmenes, regalo de su tío Juan Pelayo, y *Gramática general o filosofía del lenguaje* (1845), remitido por el propio autor con una dedicatoria. Luis Vidart [4] cita de Sanz del Río el libro *Lecciones sobre el sistema de la filosofía analítica* (1850), cuya segunda edición dice que se publicó ampliada, diez años más tarde, con el título *Sistema de la Filosofía. Metafísica. Primera Parte. Análisis.* En 1854 escribió también tres artículos sobre filosofía en *Revista Española de Ambos Mundos* (1854), uno de ellos con las biografías comparadas de Kant y Krause. Otro de los conferenciantes fue Nicolás María Rivero, que en 1850 pronunció un ciclo de lecciones en el Ateneo sobre la filosofía moderna, ocasionando una fuerte polémica y el descontento de algunos socios por la interpretación que ofreció desde el punto de vista político y religioso. Igualmente, Manuel Ascensión Berzosa había realizado en este mismo lugar una exposición, en 1857, de los sistemas filosóficos alemanes, preferentemente de Kant, conferencias que se publicaron en la *Revista de Instrucción Pública.* Al mismo tiempo, las doctrinas krausistas se propagaron a través del Círculo filosófico que se reunía en casa de Santos Lerín y en tertulias masónicas, llegando principalmente a los lectores españoles a través de las obras de G. Tiberghien, H. Leonhardi, Carl Roeder o Amiel, con gran parte de los cuales mantuvo correspondencia Sanz del Río.[5]

En esos momentos las teorías filosóficas existentes en España eran, según Luis Vidart, el eclecticismo, la filosofía católica o espiritualismo, la escuela hegeliana, el armonismo

---

[4] Luis Vidart, *La Filosofía Española. Indicaciones bibliográficas* (Madrid, 1866). El ejemplar de MP tiene interesantes anotaciones complementarias de su puño y letra. Vidart le envió su libro *La historia literaria de España* (1877) con esta dedicatoria: «A Marcelino Menéndez Pelayo, que es un dolor que la *calidad* de su pensamiento no valga tanto como la *cantidad* de su ciencia. Su verdadero amigo, *a pesar de todo,* Luis Vidart».

[5] Enrique M. Ureña, *Cincuenta cartas inéditas entre Sanz del Río y krausistas alemanes (1844-1869),* Madrid: UPCO, 1993.

krausista y el materialismo, con destacados representantes en cada una de ellas.

Todavía fue más severo Menéndez Pelayo en sus juicios sobre Julián Sanz del Río, al que dedicó un amplio comentario en los *Heterodoxos* (pp. 366-392). El haberse ocupado de él se debe a Gumersindo Laverde, quien se lo sugiere repetidamente (E, I, 123 y 327). Menéndez Pelayo le solicita, a su vez, el plan de los dos capítulos referentes a Sanz del Río y el Krausismo (E, I, 358).

Aun confesando que sólo conoce «muy someramente» la vida de Sanz del Río, Laverde se atreve el 9 de diciembre de 1875 a enviarle «un bosquejo si bien incompleto». A don Marcelino le parece adecuado y le responde que resulta «muy a propósito» para su plan, salvo alguna corrección que hace en las notas enviadas.

Laverde y Sanz del Río

Las relaciones entre Laverde y Sanz del Río se remontaban a la época en que el primero colaboraba con los krausistas y, como escribe André Baron, «no tuvo en una primera fase reparo en recibir cargos oficiales en la enseñanza de parte de los ministerios procedentes de la septembrina» (BBMP, 1972, 109). En 1872 este mentor de Menéndez Pelayo había trabajado en el Ministerio de Fomento cuando era rector de la Universidad de Madrid Fernando de Castro y, según refiere Baron, antes de aceptar el puesto consultó al P. Ceferino González «la legitimidad moral de semejante participación» (pp. 109-110).

A lo largo de su vida mantuvo correspondencia amistosa con algunos de los hombres más destacados del krausismo, como Nicolás Salmerón, Juan Uña, director entonces de *La* Enseñanza, y Sanz del Río. La relación epistolar con éste abarca de 1857 a 1859 y se conservan las cartas de contestación del filósofo de Illescas en las que se advierte su carácter moralista y enfermizo. Más tarde, gran parte del epistolario de

Laverde pasó por donación, con sus papeles, a la Biblioteca de Menéndez Pelayo, donde actualmente se conserva.[6]

El año anterior a la primera carta, Laverde había mantenido una polémica por medio de un artículo (*Revista Universitaria,* n.º 12, 30-XII, 1856), en el que sustentaba la necesidad de crear una Academia de Filosofía española como instrumento adecuado para poner armonía en nuestra Instrucción Pública y relacionar la tradición nacional con la universal en consonancia con la razón y la fe. En esta polémica precursora de la referida a la ciencia española, según Pérez Vidal,[7] intervino Juan Miguel Sánchez de la Campa, catedrático del Instituto de Cáceres, que negaba la presencia entre nosotros de un pensamiento filosófico nacional y únicamente admitía opiniones dispares y, en algún caso, valiosas (*Rev. Instr. Públ.* 18-IV-1857). Participó, en último término, Nicomedes Martín Mateos, director del Instituto Industrial de Béjar, espiritualista y partidario de la doctrina de Bordas Demoulin, que defendió en el debate la existencia indudable de algunos filósofos españoles de especial relevancia y daba la razón a Laverde en el respeto que se debía a la tradición española.[8] Los tres estaban interesados entonces en el estudio y fomento de la Filosofía en España, así como en mejorar la organización de la Instrucción Pública, que, a juicio de Laverde, no descansaba sobre seguro. El tema de la aportación cultural y científica de España estaba

---

[6] Las seis cartas inéditas que existen en la Biblioteca dirigidas a Laverde por Sanz del Río, dos corresponden a 1857, otras dos a 1858 y dos también a 1859.

[7] José Pérez Vidal, «Anticipo de la polémica sobre la ciencia española», *Hispania,* t. 41 (1981) 47-60. La polémica entre Sánchez de la Campa y N. Martín Mateos aparece en el Apéndice del libro de G. Laverde: *Ensayos críticos sobre Filosofía, Literatura e Instrucción Pública* (Lugo: Soto Freiro, 1868) 487-494.

[8] Nicomedes Martín Mateos publicó los siguientes libros existentes en la Biblioteca de MP: *El espiritualismo, Curso de Filosofía,* t. I (Madrid, 1861) y t. II, III y IV (Madrid, 1862) item *Cartas filosóficas a D. Ramón de Campoamor en contestación a su obra de «Lo absoluto»* (Béjar, 1866) y *¡Gloria a dos sabios! Meditaciones filosóficas acerca de la vida y muerte de Sócrates y Bordas Demoulin* (Madrid, 1905).

de actualidad, una vez más, y con su opinión se hallaban comprometidos otros autores, como Eduardo Rute, Juan Valera, Luis Vidart y el propio Sanz del Río. Ya muerto éste, Campoamor invitó a Martín Mateos a escribir un libro sobre «La crítica de Krause», que parece no llegó a realizar, al no tener más información del filósofo alemán que los libros de Sanz del Río.[9]

Desde Valladolid Laverde solicitó del filósofo krausista, en 1857, su opinión sobre la creación de una Revista de Filosofía por la que estaba muy interesado. En su contestación éste le disuade y le hace ver la poca permanencia de algunas publicadas anteriormente, debido a los costos y a que una revista debía ser «obra común de los profesores». En este sentido, le explica cómo el año anterior intentó un caso análogo y, a pesar de contar con el apoyo del Ministerio y del «patronato moral de la Universidad», renunció al proyecto tras cuatro meses de brega.[10] Don Julián veía con pesimismo el impulso y desarrollo que se debía dar a la Filosofía en España ya que le parecía que el gobierno no pensaba promover en la nueva Ley estudios filosóficos ni crear cátedras superiores de dicha disciplina.[11] Sin embargo, en su *Diario* anotó al año siguiente el proyecto de fundar una Revista mensual con Castelar, Canalejas y otros discípulos suyos (p. 243).

Todavía insistió Laverde en este propósito de la creación de una Revista en una carta dirigida a Francisco M. Tubino (12-XI-1866, BMP) y, más tarde, al publicar en 1868 su libro, formado por una selección de artículos, titulado *Ensayos críticos sobre Filosofía, Literatura e Instrucción Pública españolas*, en el que menciona a un conjunto de personas destacadas en la ciencia española, tal como lo había hecho anteriormente Luis Vidart. En el capítulo «El plan de estudios y la historia

---

[9] Carta inédita de N. Martín Mateos a Gumersindo Laverde (24-VI-1870). Archivo BMP.

[10] Carta inédita de Sanz del Río de 1857. BMP.

[11] Carta inédita del 7 de septiembre de 1857, diferente de la anterior, BMP.

intelectual de España», hace una relación y valoración de nuestros filósofos, teólogos, matemáticos, físicos y cosmógrafos.

Cuando Vidart preparaba su libro, Laverde le envió datos sobre el pasado y presente de la ciencia nacional y le ofreció abundantes referencias bibliográficas sobre la Filosofía española (Carta 8-IV-1866, BMP), que no aceptó, en este último caso, alegando estar ya en tratos para la impresión del libro y no querer extenderse en el número de páginas, ya que lo editaba por su cuenta. Sin embargo, sí le pidió a don Gumersindo reiteradamente un prólogo, introducción histórica o juicio crítico para poner al frente, pero éste se disculpó y le propuso que se lo hiciera Juan Valera. Al fin, se limitó a escribir un extenso artículo sobre la obra, que publicó en 1867 en *La Abeja Montañesa,* lo que le sirvió para exponer sus opiniones y completar las lagunas existentes de los autores españoles citados en ella.[12] En el artículo dice del libro de su compañero, con excesiva ponderación, que es «una verdadera historia de la filosofía española» (p. 330).

En la Biblioteca de MP se conservan algunos diccionarios y repertorios bibliográficos que parece seguro utilizó a la hora de publicar el tercer tomo de *La ciencia española,* con la relación de autores destacados en ciencias y humanidades, como son los de Nicolás Antonio (1672-1696), Santos Díez González (1786), Braulio Antón Ramírez (1865) o José Almirante (1876).[13]

Un antecedente de la polémica menéndezpelayina tuvo lugar en la revista *El Censor* en 1786 con motivo de la pregunta

---

[12] «La Filosofía española. Indicaciones bibliográficas, por Luis Vidart...», en G. Laverde, o. c., pp. 328-392. El ejemplar de la Biblioteca está anotado y subrayado por MP.

[13] Nicolás Antonio, *Bibliotheca Hispana Nova sive Hispanorum Scriptorum qui ab anno MD ad MDCLXXXIV floruere Noticia* (Matriti: P. de Ibarra, 1783) 2 tomos; Santos Díez González, *Tabla o breve relación apologética del mérito de los españoles en las ciencias, las artes y todos los demás objetos dignos de una nación sabia y culta* (Madrid: Blas Román, 1786); Braulio Antón Ramírez, *Diccionario de Bibliografía Agronómica... seguido de un Indice de autores y traductores* (Madrid: Rivadeneyra, 1865) y José Almirante, *Bibliografía militar de España* (Madrid: Tello, 1876).

formulada por Masson de Morvilliers: ¿Qué se debe a España? Pero es menos conocida la que sostuvieron en esta revista (*El Censor,* Discurso CXIII) los abogados Luis García del Cañuelo y Luis Marcelino Pereira por una parte, en la que mantenían, sin figurar sus nombres, la pobre aportación española y que era un disparate pensar que habíamos tenido tantos y tan excelentes teólogos, críticos, políticos, economistas, etc., «como en todas o en cada una de las demás naciones de Europa» (pp. 844-845).[14] Opinaban que la decadencia española se hizo patente a finales del siglo XVII y a partir de entonces las otras naciones se enriquecieron a costa de nuestra debilidad, como ocurrió, por ejemplo, con la explotación de la raza merina, la minería, el aceite y otros productos. Contestó a este Discurso de *El Censor,* Patricio Redondo, pseudónimo del presbítero y censurador de comedias Santos Díez González, con otro artículo («Carta al corresponsal del Censor sobre el Discurso CXIII», pp. 1-61) en el que recusaba cada una de las proposiciones de los autores. La polémica continuó y, de manera anónima, la citada revista (Discurso CXIX, pp. 965-980) replicó a Redondo en forma de carta en un tono irónico y de chanza. Volvió *El Censor,* una vez más, a tratar el tema en el Discurso CXX («Carta al corresponsal del Censor», pp. 981-999). En este último se lamenta el autor de «que pudiendo ser sabios, y más sabios que los pueblos más sabios, seamos no obstante más ignorantes que ellos; que pudiendo ser más ricos, seamos más pobres; que pudiendo ser más poderosos, seamos más débiles» (p. 985). Nuevamente replicó con «Extracto de un Discurso de D. Patricio Redondo, sobre El Censor núm. CXX cuyo lema infernal es su voz» (1786, pp. 1-8), donde se queja del tono empleado por el periódico y las acusaciones calumniosas dirigidas contra su persona. La polémica, aunque fue dura y mantenida entre ilustrados afrancesados y figuras del clero como Santos Díez o el P. Parra, no tuvo la importancia y la altura de la sostenida por Menéndez Pelayo. De manera anóni-

---

[14] Los textos de la polémica están en un volumen encuadernado en la BMP con el título *Papeles varios* y las signaturas 7379 y 7384.

ma siguió la discusión con el Discurso CXXI (pp. 1001-1039), donde el periódico le hace ver a Redondo que no está avergonzado ni arrepentido de las proposiciones defendidas sobre la pobre aportación española a la ciencia europea. Todavía otros dos autores van a intervenir, siempre de una manera anónima: el agustino Pedro Centeno, editor de *El Apologista Universal* (n.º V, pp. 73-102), defendiendo *El Censor*, y el monje benedictino P. Parra con una contrarréplica titulada «Carta gratulatoria de un cliente al Apologista Universal» (pp. I-XXIII). Un último folleto de Patricio Redondo, *Entrada pública del coche de las ciencias en Madrid en cuya relación se hace memoria de diferentes libros nuevos,* puso fin a este curioso debate precursor del que mantendrán en el siglo siguiente hombres eruditos como Menéndez Pelayo, Revilla o Perojo. El polígrafo santanderino no aludió a ella, a pesar de que tenía coleccionados los diferentes debates de la discusión.[15]

Pues bien, tras una correspondencia y trato afable, la amistad entre Laverde y Sanz del Río parecía sincera al estar ambos interesados, como dice Marta Campomar,[16] en el mismo proyecto de renovar la filosofía de su tiempo y reestructurar la ciencia y la educación en España, aunque utilizaran para ello trayectorias diferentes. En una de sus cartas a Sanz del Río, le decía Laverde: «Leo con mucho gusto sus artículos filosóficos en *La Revista* y no dejaré de manifestarle con franqueza mis dificultades, siquiera sean de poca importancia. ¡Feliz yo si pudiera consagrar a tales estudios todas mis horas! Pero, qué quiere V., no a todos nos es dado seguir nuestra vocación. Daría cualquier cosa por leer en compañía de V. las grandes obras de los Filósofos y analizarlas bajo su direc-

---

[15] MP se refiere en los *Heterodoxos*, V, p. 312, a *El Censor* y a Cañuelo, cuyas ideas considera impías y antiespañolas, pero no recogió esta polémica en *La Ciencia Española.*

[16] Marta M. Campomar, «Menéndez Pelayo y los problemas del intelectual católico de la Restauración», en *Menéndez Pelayo, hacia una nueva imagen* (Santander: Soc. Menéndez Pelayo, 1983) 82.

ción! ».[17] Nada hubiera hecho pensar entonces en un cambio de actitud de este hombre que, ya muerto Sanz del Río, incita a Menéndez Pelayo a combatir a los que llama «endiablados krausistas» (E, 13-X-1876), especialmente al que había cosiderado primero su amigo y maestro. Ello no es extraño si tenemos en cuenta la diferencia de carácter de ambos personajes y el daño que Laverde hizo, incluso, al propio MP, sugiriéndole la polémica y la inclusión en los *Heterodoxos* de personas contemporáneas que habían ya muerto y con las que discrepaba en el aspecto religioso.[18] Hombre culto, erudito, extraordinario lector y con tiempo para la indagación bibliográfica, estaba constitucionalmente, pese a su enfermedad, mejor dotado que Sanz del Río, si bien lo que éste tenía de débil, modesto y sociable era en Laverde oportunismo y pobreza afectiva. Juan Valera le define, espiritualmente, como fervoroso y sincero católico, algo ecléctico en filosofía y conservador en literatura[19] y Menéndez Pelayo, en su carta al director de *La España,* con motivo de la polémica de la ciencia española, alude a Laverde en términos exagerados en cuanto a sus dotes intelectuales y humanas (CE, II, p. 68). Tanto Valera como Vidart destacaron su celo y perseverancia en rescatar nuestro pasado filosófico y científico. Aparte del deseo de reconocer nuestra aportación al acervo cultural y científico de Europa, existía en él un rechazo a la importación de corrientes filosóficas extranjeras consideradas heterodoxas, como era el caso del krausismo.

Sanz del Río era 21 años mayor que Laverde. Desde niño mostró un carácter piadoso, que reconoce el propio Menéndez Pelayo. Este sentimento le acompañará toda la vida, aunque después sufre una mutación originada fundamentalmente por

---

[17] Carta de Laverde sin fecha, en *Sanz del Río, Documentos, Diarios y Epistolario,* Introducción de Pablo de Azcárate (Madrid: Tecnos, 1969) 375.

[18] Benito Madariaga, «La figura contradictoria de Gumersindo Laverde», *Librería,* n.º 31, Santander (1987) 15-22.

[19] Prólogo de Juan Valera al libro de G. Laverde, o. c., p. XX.

el conocimiento de la filosofía de Krause y la condena de sus traducciones del filósofo alemán. En 1857 le escribía a Laverde: «(...) para ser filósofo hoy y para hacer algún bien como tal, es menester ser muy *religioso*, de la manera que es digna del hombre, y la única verdadera».[20] La vida de Sanz del Río fue breve, austera y llena de contrariedades. Incluso careció de buena salud. Quizá sus años más felices fueron los de su niñez, los pasados en Alemania y los primeros de su matrimonio, contraído en 1856. Es entonces un hombre con entusiasmo, reflexivo, trabajador, minucioso y con grandes proyectos. La nota predominante de su carácter es la gran capacidad de sociabilidad. Pero en los años posteriores cambia su vida por desgracias familiares, como el que nazca muerto su único hijo en 1857, y a causa de los ataques a sus escritos y explicaciones, influyendo necesariamente en su estado de ánimo, lo que se advierte hasta en la variación de la letra.

En agosto de 1858 pronuncia el discurso inaugural en la Universidad, cuyo contenido le acarrea los ataques del grupo neocatólico representado por el catedrático integrista Juan Manuel Ortí y Lara. Las acusaciones contra él disgustan profundamente a este hombre tímido, débil, que no tiene fuerza ni vigor instintivos, aunque sigue siendo una persona modesta, constante y generosa, pero incapaz, en esos momentos, de un trabajo intelectual continuado.[21]

Su lección inaugural del curso académico 1857-58 en la Universidad Central todavía no estaba acabado el 7 de septiembre de 1857 en que, al respecto, le dice a Laverde «que tiene algo de oficial» y que necesita consultar para su elaboración la nueva Ley de Instrucción Pública.[22] Un ejemplar figura en la Biblioteca de don Marcelino, quien alude en los *Heterodoxos*

---

20 Carta citada en la nota 18.

21 El estudio grafológico de Sanz del Río ofrece el mayor interés, debido, como ya ha apuntado el profesor Ureña, a las variaciones de su caligrafía. *El Basilisco*, n.º 12 (1992), nota 122.

22 Carta inédita de Sanz del Río del 7 de septiembre de 1857, BMP.

a «la dulzura cautelosa y persuasiva» de este discurso «tan capciosamente preparado» (HH, VI, 374). En 1858 su mujer, Manuela Jiménez, contrae una gravísima enfermedad y él mismo se siente muy mal y le es imposible escribir más de media docena de líneas a Laverde: «Continúo al cabo de diez días de interrupción en los que mi enfermedad se ha agravado».[23]

En otra carta a Laverde de 1858 le manifiesta el afecto que siente hacia su compañero Martín Mateos, al ponerse de su parte en la polémica sustentada contra su Discurso por el diario carlista *La Esperanza*. En ella hace referencia a las lecciones sobre filosofía que imparte a algunos discípulos los domingos y, aunque reconoce que son pocos y las da en contadas ocasiones, dice que adelanta en la enseñanza con paso seguro, aunque lento.[24] Sin embargo, en las que ofrece al año siguiente en la Universidad, sólo tiene siete alumnos de los que «no asiste de hecho ninguno». En esta carta le comenta: «Yo también he hecho algo semejante al trabajo del Sr. Mateos (Sistema de la Filosofía analítica: 24 lecciones = Sistema de la Filosofía sintética: 12 lecciones); después de un principio desgraciado de publicación, en que yo me censuré a mi mismo, no está dormido entre los Mss., y cuando vuelva a poner la mano en el, podrá ser algún tanto util [,] verdad es que en mi espíritu no lo pierdo de vista, y hago recientemente la comparación entre las ideas reinantes entre nosotros y las del libro, lo cual da ocasión frecuente a precisar ideas, a ampliaciones, notas y demás. El pensamiento fundamental es el de Krause; la composición y exposición la voy haciendo mía y acomodada a mi pueblo sucesivamente. A su tiempo madurará el fruto si Dios nos da vida y buen ánimo».[25] En febrero de ese año muere su mujer. Cuando en el verano acude al balneario de Liérganes, en la provincia de Santander, está roto y acobardado. Aquí pasa 23 días con objeto de poner remedio a sus trastornos

---

23 Carta inédita de Sanz del Río del 17 de abril de 1858, BMP.

24 Carta inédita sin indicar el mes de 1858, diferente a la anterior, BMP.

25 Ibídem.

neurovegetativos y reumáticos que se manifestaban con ansiedad, insomnio, dificultades digestivas y dolores articulares. En su *Diario* anota: «Debilidad sensible en el sistema nervioso que me impide un trabajo seguido. Humor triste e impaciente a veces» (p. 253). Las crisis de melancolía, como se sabe, fueron en él ya frecuentes cuando residía en Alemania y bajo sus efectos escribe la introducción y comentarios al libro de Krause, *Ideal de la Humanidad para la vida,* que aparece en 1860. Recientemente, Enrique Martínez Ureña ha demostrado que la versión la tenía terminada en 1851 y tal como se publicó no es «una acomodación original a España» de la obra alemana (*Urbild der Menschheit*) sino que «el texto principal del *Ideal* constituye una traducción de dos cosas publicadas por Krause en el *Tagblatt:* un artículo corto («Menschheitbund»), y un tratado más largo («Entfaltung»...) que Krause iba publicando por entregas y cuya publicación quedó truncada al suspenderse la revista».[26] En el prólogo Sanz del Río no indica de una manera clara su auténtica contribución original, como señala Ureña. Por un lado dice que leyendo atentamente el *Ideal* de Krause «escribía yo al paso, y sobre lo más importante de aquélla algunos resúmenes y consideraciones que, nacidas a la vez del sentido del autor y de mi propio modo de pensar concertaban a mi parecer con el carácter y necesidades morales de mi pueblo». En el mejor de los casos podrían entenderse, de este modo, tanto la mayoría de las notas del libro y su criterio de selección de los textos, que eso sí es suyo, como, posiblemente, la introducción, de la que sospecha también Ureña que pudiera ser una traducción. Más adelante sigue diciendo que ha «ordenado después y completado aquel estudio si completo puede llamarse». De nuevo siembra la confusión, ya que aclara a me-

---

[26] Enrique M. Ureña, «Más sobre el fraude de Sanz del Río: las dos versiones del *Ideal de la Humanidad* (1851, 1860) y su original alemán, *El Basilisco,* n.º 12 (1992) 91. Ver, igualmente, Enrique M. Ureña, José Luis Fernández Fernández y Johannes Seidel, *«El Ideal de la Humanidad» de Sanz del Río y su original alemán. Textos comparados con una introducción* (Madrid: Universidad Pontificia de Comillas, 1992).

dias lo de completo, diciendo que «se limita a exponer sin el enlace ni la deducción interna científica algunas leyes fundamentales de la vida». ¿Se refiere a la inclusión en el libro de los dos textos de la citada revista de Krause sin un análisis de los mismos? Añade luego que esas leyes de la vida aproximadas a los hechos históricos pudieran tener algún valor «aun sin razonar sistemáticamente estas leyes». Finalmente, continúa con la misma ambigüedad: «Está fuera de nuestra intención, dirigida hoy más a edificar que a discutir, el traer a detenido examen los principios que fueron base de aquellos ensayos» (p. XII). Oculta, pues, las fuentes de donde procedían los dos textos del libro y no concuerda su contenido con el título del mismo, al no ser ni una traducción ni una acomodación del citado *Ideal de la Humanidad* de Krause. Tal vez, siguiendo la argumentación de Ureña, la traducción del filósofo krausista, por su contenido, pudiera mejor haberse titulado *Alianza de la Humanidad*. Donde Sanz del Río no dice la verdad es en la carta dirigida a Francisco de Paula Canalejas, en la que afirma: «la exposición es mía, y no hay original alemán ni no alemán de donde se haya traducido».[27]

El descubrimiento de tal ocultación resulta interesante y esclarecedor para futuras interpretaciones del krausismo, como opina el ya citado autor, y ello no invalida la importancia que va a tener la traducción de Sanz del Río como difusora de este movimiento filosófico en España y también por generar personalmente con sus enseñanzas un grupo adicto a esta filosofía que, como es sabido, tuvo una gran trascendencia en el resurgir pedagógico e intelectual de nuestro país. Luis Vidart (p. 215) lo corroboraba en 1866 con estas palabras: «Han contribuido no poco a esta renovación de nuestra historia científica las esplicaciones orales del Sr. Sanz del Río en su cátedra de la Universidad de Madrid». Es juicio sustentado también por su discípulo Francisco de Paula Canalejas cuando decía que «la

---

[27] Pablo de Azcárate, o. c., pp. 331-332. Citado por E. M. Ureña, *El Basilisco*, 1992, p. 76.

aparición del *Ideal de la Humanidad* influirá en la conducta política de nuestra juventud».[28]

Cuando Menéndez Pelayo escribe el capítulo dedicado al krausismo, define al autor del *Ideal* en términos negativos, pero reconoce, al escribir el prólogo a la segunda edición, la «intemperancia de expresión» con que juzgó a algunos autores. En ningún caso apunta las cualidades y posibles contribuciones positivas del filósofo krausista. Así, dice cosas tan poco serias como que se contaba que escribía sin vocales. Es cierto que su grafía es de difícil interpretación y cambiante según los estados de ánimo y que su expresión escrita estaba lejos de los gustos de don Marcelino, que hace esta afirmación: «Peor que Sanz del Río no cabe en lo humano escribir» (p. 386). Con este motivo se extiende en ejemplos de su lenguaje que, indudablemente, resulta a veces abstruso y del que se queja con razón el polígrafo santanderino, que llega a preguntarse: «¿Por dónde ha de ser ese el lenguaje de la filosofía?» (p. 388). También reconoce que no siempre se expresaba así y que, por ejemplo, su citado discurso inaugural de la Universidad estaba escrito «con mejor estilo del que acostumbraba» (p. 374). Aunque la lectura de sus originales resulta siempre dificultosa, Sanz del Río intentó distinguir el lenguaje hablado y vulgar del utilizado y necesario para la expresión científica y filosófica. En este sentido, Leopoldo Alas, con motivo de las cartas de Sanz del Río, publicadas por Revilla, le advierte a Menéndez Pelayo cómo la exposición estaba de acuerdo con lo que debía ser el lenguaje filosófico (E, II, 220). Enrique M. Ureña reconoce también que la traducción que hizo de Krause el filósofo soriano se ajusta con fidelidad «al contenido y al sentido del original».[29]

---

[28] F. de Paula Canalejas, *Estudios críticos de Filosofía, Política y Literatura* (Madrid, 1872) 149.

[29] Ureña, o. c., 92. Cacho Viu dirá que «aunque el lenguaje de Sanz del Río no sea del todo claro sí lo son sus ideas». Ver *La Institución Libre de Enseñanza* (Madrid: Rialp, 1962) 55.

En sus últimos años, como hemos dicho, las desgracias familiares, su estado de salud precario y las acusaciones de heterodoxia formuladas contra él, le impidieron realizar un trabajo intelectual normal al tener que defenderse de sus enemigos. Así lo hizo primero ante el alegato del obispo de Barcelona, que escribió a la propia Reina, y luego en su correspondencia con el Arzobispo de Granada. A raíz de la campaña promovida por Ortí y Lara en 1857 y continuada por Navarro Villoslada en 1860 en *El Pensamiento Español*, contra su obra y el krausismo, campaña secundada después por otros autores, se ve obligado a puntualizar sus ideas religiosas, protestando de la acusación de heterodoxia mediante las que llama don Marcelino *Cartas vindicatorias*. Pero no olvidemos que los ataques tenían fundamentalmente un sentido religioso y político y que provenían en su mayor parte de los neocatólicos. En una extensa carta escrita en mayo de 1863 a José García y García, confiesa Sanz del Río ser «cristiano y católico» y se ratifica en lo esencial de su enseñanzas formuladas como profesor, que dice no escandalizaron a nadie. Igualmente, le hace saber que no ha formado ninguna escuela filosófica y mucho menos de racionalismo. Esta carta tiene, prácticamente, el mismo contenido de otra litografiada dirigida el 15 de enero de 1864 a Tomás Romero de Castilla y que conoció Menéndez Pelayo por habérsela enviado Laverde. En ella niega Sanz del Río la interpretación panteísta de su doctrina y cómo sus enseñanzas no ofendieron al auditorio formado, no sólo por jóvenes, sino también por profesores y hombres influyentes del país que acudían a sus conferencias. Al final de la carta aparece con letra manuscrita, posiblemente de Laverde, una nota que dice: «La anterior epístola es un buen testimonio de la astucia e hipocresía krausista», expresión que repite luego Menéndez Pelayo en su libro de los *Heterodoxos* donde señala que «la hipocresía es lo peor que tiene el krausismo» (HH, VI, p. 374).

Todavía le esperaban dos golpes durísimos a Sanz del Río: la inclusión en 1865 del *Ideal de la Humanidad* en el Indice de Libros Prohibidos, a raíz de las graves acusaciones formu-

ladas ese mismo año en el Congreso, y la separación de su cátedra en 1867, junto con otros profesores por defender la libertad de pensamiento. Sanz del Río se lo explicaba así a Th. Schliephake y Leonhardi: «Lo que usted, querido Leonhardi, pregunta acerca de si he intercalado quizás en el Ideal algo que sea incompatible con el catolicismo romano, le digo que en absoluto (como usted mismo puede *juzgar por los trozos del libro sobre la religión que quizás tenga ya Röder.* El libro mismo ni se ha leído ni se ha condenado propiamente en Roma, sino aquí en España debido a algunos malos influjos sobre el *Nuncio* con el objeto de asestar este golpe decisivo contra la filosofía. Todo el asunto, resumiendo brevemente, se apoya en la idea fundamental siguiente: en España no se debe pensar, sino solo creer sin pensar».[30]

Con motivo de la depuración, el claustro de la Universidad de Heidelberg le envió un escrito de adhesión, con la firma de 65 profesores, publicado más tarde en el Boletín-Revista de la Universidad de Madrid, en el número 5 de marzo de 1869, documento al que no se refiere Menéndez Pelayo. Siete meses después moría fuera del seno de la Iglesia católica de la que se apartó en 1866, según Vicente de La Fuente, que sugiere su posible vinculación masónica.[31] Fue enterrado en el cementerio civil de Madrid.[32] En la nota necrológica aparecida en la *Revista España,* el autor firmante de la misma, bajo las siglas L. de R., decía entre otras cosas: «Los que res-

---

[30] *Cincuenta cartas inéditas...*, p. 206. Para el aspecto religioso de la condena ver de Miguel Castillejo Gorraiz, *El fundador del krausismo. Etapa andaluza* (Córdoba, 1980) 253 y ss.

[31] Vicente de la Fuente, *Historia de las Sociedades Secretas antiguas y modernas en España y especialmente de la Franc-Masonería.* Apéndices (Lugo, 1871) 250. En la carta de Laverde a Menéndez Pelayo del 18-XII-1875 le adjunta el plan para el capítulo de los *Heterodoxos* contra Fernando de Castro y le dice malévolamente respecto a la supuesta masonería de Sanz del Río: «D. V. de la Fuente en su *Hist.ª de las Sociedades secretas en España* dice algo curioso acerca de Sanz del Río». Con buen sentido MP no tocó en sus ataques este punto.

[32] Ibídem, p. 863. Sobre la supuesta masonería de Sanz del Río puede verse lo que dice Vicente Cacho Viu, o. c., n. 99 de la p. 218.

petamos profundamente la libertad de conciencia, los que fiamos a la gracia y a la fuerza de la convicción el arraigo de nuestras creencias religiosas y su pacífica propagación, podremos sentir el alejamiento de la Iglesia pero no podemos desconocer el mérito de su saber y el valor de su virtud».[33]

La crítica a los discípulos de Sanz del Río

Los juicios y retratos que hace Menéndez Pelayo de otros krausistas, como Fernando de Castro, Nicolás Salmerón, Francisco Giner de los Ríos, Emilio Castelar, Tomás Tapia, Gumersindo de Azcárate, etc., pecan del mismo defecto de parcialidad.

Salmerón no sale tampoco mejor parado en los *Heterodoxos* al señalar don Marcelino el lenguaje entonces insufrible y abstruso de sus explicaciones en clase. Resulta extraño que junto a estos defectos, verdaderos en aquel momento debido a la influencia krausista, no viera en su antiguo maestro ninguna de las virtudes que le reconocieron sus contemporáneos, como fueron los valores éticos y la talla cultural y política que le llevó a la presidencia de la República, abandonada voluntariamente por no querer refrendar dos penas de muerte.[34] Mientras el escritor santanderino no soportaba aquellas clases, que dice recordar con terror, «como quien ha salido de un profundísimo sepulcro», un hombre tan equilibrado e inteligente como Manuel Bartolomé Cossío, alumno de Salmerón en 1885, repitió la asistencia a clase como oyente en 1887 y 1888. También fue profesor de Metafísica de Francisco Navarro Ledesma, que cuenta cómo su oratoria en clase subyugaba a los alumnos.[35] Sánchez Reyes, en su biografía de Menén-

---

[33] L. de R., «Don Julián Sanz del Río», *Revista de España* (1869), t. X, n.º 40, pp., 618-620.

[34] *Diario de las Sesiones de Cortes*. Congreso de los Diputados. Sesión del lunes 12 de octubre de 1908, pp. 3-8.

[35] Carmen de Zulueta, *Navarro Ledesma, el hombre y su tiempo* (Madrid: Alfaguara, 1968) 30

dez Pelayo, supone que hubo una mutua animadversión entre ellos.[36] Después, en 1887, ambos firmaron, en compañía de Francisco Sánchez de Castro, el informe sobre Reformas Universitarias redactado por don Marcelino, aunque aprobado por los tres, y vuelto, uno nuevo, a suscribir por los dos primeros en 1892. En este escrito, entre otras cosas, se solicitaba la independencia de la indagación científica y la libertad de acción del profesorado, dos antiguas reivindicaciones por las que habían luchado los krausistas con la pérdida de sus cátedras.

La verdad es que ambos se ignoraron y de Salmerón sólo se conservan en la Biblioteca de don Marcelino cuatro cartas de mero trámite y el discurso leído ante el claustro de la Universidad Central en 1864 para recibir la investidura de doctor, trabajo que le regaló Laverde.[37]

No ocurrió así con Castelar que, a pesar de ser el único en responder con una dura crítica a los *Heterodoxos*,[38] en la que aludía a la intolerancia y «ciego ultramontanismo de Menéndez Pelayo», hizo luego con él las paces y parece que se le olvidaron pronto las ofensas, ya que casi toda su correspondencia con don Marcelino fue después para solicitarle recomendaciones. Entre la media docena de obras de don Emilio existentes en la Biblioteca del santanderino figuran: *Lucano, su vida, su genio, su poema* (1857), *Discursos políticos y literarios* (1861), *Vida de Lord Byron* (1873) y *Discurso de recepción en la Real Academia Española* (1880).

---

36 *Biografía de Menéndez Pelayo* (Santander: CSIC, 1974) 95.

37 Nicolás Salmerón y Alonso, *Discurso leído ante el claustro de la Universidad Central en el solemne acto de recibir la investidura de doctor en Filosofía y Letras* (Madrid, 1864). Sobre el juicio de MP acerca de la tesis doctoral de Salmerón ver el artículo de André Baron en BBMP (1972) 3-141.

38 Emilio Castelar, «Historia de los heterodoxos españoles por el Dr. Marcelino Menéndez Pelayo», *El Día*, Madrid, 21 de marzo de 1882, pp. 1-3. Reproducido parcialmente en *Retratos históricos*, Madrid, 1884, pp. 105-142. Este libro lleva la siguiente dedicatoria en el ejemplar de la Biblioteca: «A su ilustre y sabio amigo D. Marcelino Menéndez Pelayo en prueba de su amistad y de su admiración por él y por su saber».

A Francisco Giner, si bien le considera don Marcelino honradísimo como persona, le trata en el libro como un furibundo propagandista del krausismo y le llama «sectario convencido y de buena fe». Reconoce su preparación pedagógica y cita algunas de sus obras, de las que únicamente existen cuatro en los ficheros de la Biblioteca: *Lecciones de Psicología explicadas en la escuela de Institutrices de Madrid* (1874), *Estudios de Literatura y Arte* (1876), *Lecciones sumarias de Psicología,* en colaboración (1877) y *Prolegómenos del Derecho.* Al referirse años más tarde a Krause en la *Historia de las Ideas Estéticas en España,* vuelve a rechazar al filósofo alemán, «sus extravagantes libros» y a sus discípulos, especialmente a Giner, traductor de *Compendio de Estética,* dedicando demasiado espacio a un libro que dice ser tan malo.

Una sola carta recibió de Giner y fue de renuncia a una propuesta de don Marcelino para que participara con una conferencia en el Ateneo de Madrid. Posteriormente siguieron distanciados y no modificaron la situación las constantes referencias positivas de muchas personas que le llegaban al crítico santanderino sobre el fundador de la Institución Libre, como fue el caso de Clarín (E, IX, 137).

Santoveña Setién ha estudiado la disparidad de los proyectos culturales de Menéndez Pelayo y de los institucionistas, que partían del modo de la enseñanza de la religión en la escuela, de la población a la que iba dirigida y de las diferentes maneras de conseguirla. «Todas estas diferencias entre ambos programas motivaron que los institucionistas —escribe— no viesen a Menéndez Pelayo tanto como el autor de un proyecto alternativo al suyo, sino como un católico intransigente que, además de defender la intolerancia de siglos pasados, aspiraba a reestablecerla en la España decimonónica».[39]

Por esta razón ambos personajes sólo conservaron entre sí las elementales reglas de educación cuando coincidieron,

---

[39] Antonio Santoveña Setién, *Marcelino Menéndez Pelayo, Revisión crítico-biográfica de un pensador católico* (Santander: Univ. de Cantabria / Asamblea Regional, 1994) 172-73.

como ocurrió, por ejemplo, en el verano de 1890 en que se saludaron en el Sardinero de Santander. Sin embargo, Giner, aun reconociendo la valía de su colega, no le perdonó algunas de sus intervenciones polémicas y las páginas destempladas dedicadas a los krausistas.

Parecida fue la relación entre Menéndez Pelayo y Joaquín Costa, contrincantes los dos en el Premio extraordinario del doctorado en Filosofía y Letras, que se falló injustamente en contra de éste[40] y motivó una protesta escrita, que no fue atendida. Cada uno sabía la categoría intelectual del otro y se admiraban mutuamente, aunque nunca fueron amigos. Lo más que hubo fue un trato ocasional. Existe una carta de Costa en la que le solicita que le complete la bibliografía para su libro *Colectivismo agrario en España.* Leyó de él don Marcelino las partes primera y segunda del citado libro, así como *Estudios Ibéricos, Estudios jurídicos y políticos, Colectivismo, comunismo y socialismo en Derecho positivo español, Organización política, civil y religiosa de los celtíberos,* entre otras obras suyas que se conservan en su Biblioteca.

Gumersindo de Azcárate, que ocupa segundo lugar en el inventario numérico de publicaciones existentes en la Biblioteca del erudito cántabro, coincidió con éste en la junta del Ateneo de Madrid en 1893. Fue aludido, como se sabe, en la polémica de *La Ciencia española,* lo que le obligó a escribir a Laverde y aparece también en los *Heterodoxos.* La relación entre ellos fue igualmente de mero trámite.

Quizá el peor tratado, por ser clérigo, fue Fernando de Castro, hombre profundamente religioso, aunque terminara apartado de la Iglesia. Las palabras durísimas empleadas por don Marcelino, tantas veces citadas, cuando escribe: «poco importa que fuera más o menos áspero el sendero que eligió para bajar a los infiernos», le parecieron excesivas al propio Laverde, instigador de aquellas páginas, que le dice al leer el libro: «Ahora debo añadirte que me suena mal y me parece

---

40 George J. G. Cheyne, *Ensayos sobre Joaquín Costa y su época* (Huesca: Inst. de Estudios Altoaragoneses, 1992, pp. 15-27.

poco ortodoxo aquello de *irse a los infiernos* a Fernández (sic) de Castro» (E, V, 421).

Así don Marcelino va incluyendo nombres de profesores, escritores e intelectuales krausistas o simpatizantes, que, a su juicio, fueron profesos de heterodoxia. En su última edición corrigió opiniones, pero, curiosamente, aunque dice no moverle un sentimiento hostil hacia las personas, no modificó en la segunda edición de los *Heterodoxos* lo escrito sobre los krauso-institucionistas, que tanto daño hicieron al utilizarse como testimonio acusatorio, incluso muchos años después.[41]

La excepción de Linares y Altamira

Hay una excepción en el trato que mantuvo con dos institucionistas y es el caso de su paisano Augusto González de Linares y de Rafael Altamira, en cierto modo discípulo suyo. Con el primero habló muchas veces cuando en sus paseos hasta el Sardinero visitaba la Estación de Biología Marítima, fundada por el naturalista de Cabuérniga. Menéndez Pelayo le tenía por un auténtico hombre de ciencia, aunque no conservó libros suyos, y reconocía sus grandes cualidades humanas y de investigador. Así se lo hizo saber a Cánovas cuando en 1891 le escribe recomendando la continuidad de la Estación y a su director: «Trátase de un establecimiento único hasta ahora en su género en España, y el primero que desde hace muchos años se ha fundado aquí para el estudio experimental de las ciencias naturales» (E, XII, 561). Y en otra carta, a los pocos días, le dice: «Al frente de este laboratorio está un profesor

---

41 Los juicios vertidos en el libro contra los krausistas y la Institución Libre, así como sobre ciertos personajes que incluye como heterodoxos, injustamente, tal es el caso de Pérez Galdós, fueron motivo de graves acusaciones que llegaron hasta después de la guerra civil. Ver a título de ejemplo el tendencioso libro *Una poderosa fuerza secreta. La Institución Libre de Enseñanza* (San Sebastián: Editora Española, 1940). Respecto a las acusaciones a Galdós ver nuestro libro *Galdós en la hoguera* (Santander: Biblioteca San Quintín n.º 1, 1994).

de gran mérito, mi amigo Augusto G. de Linares, que es o ha sido krausista y catedrático de la Institución Libre, pero que ante todo y sobre todo es *naturalista* y ama la ciencia desinteresadamente y por sí misma, sin lo cual yo no le recomendaría» (E, XI, 116-7). Una vez más volvió a intervenir ante el Director General de Instrucción Pública, Eduardo de Hinojosa, para que rogara al Ministro apoyara la persistencia del centro evitando que fuera suprimida la Estación biológica que regentaba González de Linares. Así, gracias a sus gestiones, continuó ejerciendo sus funciones este laboratorio dedicado al estudio de la fauna y flora marinas, al que el gobierno conservador había mermado el presupuesto económico del Estado desde 20.000 pts. en los años 1887-88, a 9.600 pts. de 1895 a 1899.[42]

Rafael Altamira fue el institucionista más próximo a Menéndez Pelayo. Tal vez porque supo ver en éste más al sabio erudito que al enemigo de su pensamiento institucionista. La amistad entre ellos fue sincera y afectuosa. Don Marcelino no dudó en darle su voto en las oposiciones a cátedra, que obtuvo por mayoría gracias a él. La relación, al menos epistolar, comenzó en 1890 y tuvo lugar con motivo de la petición que le hace Altamira para que figure su nombre, con otros componentes de diferente adscripción política, en un comité de inspección en caso de crearse en Madrid un internado universitario al estilo tutorial inglés. En esta primera carta le dice: «Creo no equivocarme al pensar que, por encima de diferencias de opinión entre Vd. y yo, el interés general por el adelantamiento de la enseñanza, y más que eso, por toda empresa que tienda a la educación de nuestro pueblo, es perfectamente común a uno y a otro» (E, X, 380-81). MP le contestó opinando que el catedrático no debe tomar parte en la enseñanza privada, por lo que creía que debía mantenerse al mar-

---

[42] Ver Benito Madariaga, *Augusto González de Linares y el estudio del mar* (Santander, 1972); *Augusto González de Linares* (Santander: Aula de Cultura Científica, 1984), y *De la Estación de Biología Marina al Laboratorio Oceanográfico de Santander* (Santander, 1986).

gen de toda cooperación. A partir de entonces le envía Altamira sus trabajos. Otras veces, le escribe para hacerle consultas («V. que lo sabe todo»), como cuando le pide que le revise la bibliografía preparada para su libro *Enseñanza de la Historia* (1895). Por su parte, MP admiraba en el profesor alicantino la erudición y las dotes investigadoras. Fue éste uno de los contados institucionistas que escribió una semblanza laudatoria del santanderino, dedicándole, en *Cosas del día,* una de las crónicas, donde señala sus amplios conocimientos y el hecho de apreciar «la poesía de la historia». «Menéndez Pelayo —escribe— es un intelectual, no porque se dedique a trabajos de esa índole ni porque su habitual comercio sea el de los libros, sino porque lo que en la vida le interesa principalmente, es la manifestación intelectual».[43] Lo expresa también en las dedicatorias de los libros que le envía («Su amigo que le quiere», «su amigo y admirador», «su admirador y agradecido amigo», etc). Sin embargo, en 1898 se origina entre ellos una situación conflictiva al solicitarle MP el voto para el cargo de senador por Oviedo. En carta del 15 de marzo Altamira le da su opinión sobre la situación de la candidatura y el 5 de abril le informa, clara y sinceramente, que no le votará y que no ha tenido más remedio que ponerse al lado de los suyos, lo cual espera que no modifique la relación personal entre ambos (E, XIV, 375). Lo que luego sucedió es bien conocido. Los institucionistas de Oviedo presentaron a Juan Uña como candidato propio. La postura era lógica, pero don Marcelino debió de crer que su elección no tendría dificultades, cosa que no ocurrió así y no hubiera ganado de no ser por la intervención de Clarín, al que luego se quejó en carta por la supuesta «conspiración institucionista». La verdad es que era él mismo el que había abandonado sus obligaciones de senador por Oviedo como para que hubiera descontento por su inoperancia.

Este suceso volvió a reavivar su sentimiento antikrausista.

---

[43] Rafael Altamira, «Un apunte sobre Menéndez Pelayo», en *Cosas del día (Críticas de Literatura y Arte)* (Valencia, s. a.), p. 102.

Así escribe a Clarín: «Pero ni esto (se refiere a su descuido en los preparativos de la elección) ni la negligencia con que antes hubiera desempeñado el cargo de senador basta para justificar la sigilosa conjuración que contra mí armaron los Krausistas de esa Universidad, instigados, según creo, por Salmerón, Giner y la *Institución Libre.*

«Demasiado sé lo que entre ellos puede el espíritu de secta y por lo mismo que yo sin profesar dogmáticamente la tolerancia la practico mucho mejor que ellos, y procuro siempre hacerme cargo de diversos móviles que guían en sus acciones a las gentes no les guardo rencor por lo sucedido, y sólo me quejo de la cautela con que procedían hasta última hora, con objeto de ganar la votación por sorpresa. En su derecho estaban no votándome, pero debieron decirlo con tiempo. Demasiado sé que los krausistas son unos fanáticos, y que a la menor indicación de Giner obedecen como autómatas» (E, XIV, 6).

El razonamiento no era lógico y los institucionistas (no los krausistas como él los sigue llamando) le votaron en 1893, pero ya no volvieron a hacerlo por haber descuidado sus deberes como senador. Por otro lado, no tenían por qué comunicarle su decisión y era previsible que no le votarían. Ello motivó el distanciamiento posterior entre Menéndez Pelayo y Altamira, que duró hasta 1904 en que éste, en una carta, alude a «nuestra amistad renovada». En mayo del mismo año don Marcelino contesta una petición de su amigo y se refiere así a la pasada situación de tirantez: «Como usted habrá comprendido perfectamente por lo que le escribió Hinojosa, no queda en mi ánimo el menor resentimiento ni el recuerdo siquiera del pequeño disgusto que entre nosotros pudo mediar hace algunos años por causa ciertamente fútil y buena para olvidada. Y volvemos a estar unidos en la misma franca amistad y en el cultivo de los mismos estudios, y me alegraré de que usted se congratule tanto de esto como me congratulo yo». Y le añade: «Durante el tiempo de desabrida incomunicación en que hemos vivido, no he dejado de seguir con grande interés el curso de todas las publicaciones de Vd. y especialmente del Manual de Historia de España, que tengo por la mejor obra de su clase

publicada hasta ahora, y espero ver terminada pronto» (E, XVII, 300-1).

Estas palabras sinceras y generosas acabaron con aquella desagradable situación. Altamira prometió visitar a su maestro y sabemos que desembarcó en Santander el 31 de marzo de 1910 de su viajes por varias repúblicas americanas. MP no estaba entonces allí, pero se adhirió al cálido homenaje que le brindaron las autoridades de varias provincias que acudieron a recibirle.[44]

Por su parte, Urbano González Serrano distinguía en MP dos épocas: una primera de polémicas apasionadas «rayanas en lo injusto» y una segunda, en que, alejado de ellas, se dedica exclusivamente al estudio y publica *Historia de las ideas estéticas:* «de polo a polo van unas y otras producciones y en tan largo espacio rellenas están de un espíritu de investigación, pormenor y detalle, propios de un *studiosus* avaro».[45]

En definitiva, MP estuvo siempre distanciado de los proyectos de los institucionistas, aunque personalmente sintiera simpatía por algunos de ellos y reconociera su valía humana e intelectual, casos de Linares, Costa, Bartolomé Cossío o Altamira. Gracias a éste se incrementaron los números del Boletín de la Institución Libre de Enseñanza, presentes en la Biblioteca del erudito santanderino, algunos de ellos remitidos cuando ya él había muerto. Los ejemplares (32 en total) contienen artículos de interés por ser de crítica de libros o referentes a temas literarios e históricos.

La opinión que tenía MP sobre el Boletín de la ILE era favorable, aunque la epecialidad pedagógica no estuviera entre sus principales atenciones. Así se lo manifiesta a Ernesto Schaefer (E, XVI, 304) cuando le informa sobre las revistas a las que podía enviar su libro acerca de la historia de la Reforma en España. Después de citarle *La Ciudad de Dios, Razón y Fe*

---

[44] *La Atalaya,* 31 de marzo de 1910, 1 de abril y 3 de abril de 1910 y *El Cantábrico,* 1 de abril de 1910.

[45] Urbano González Serrano, «Menéndez Pelayo», en *Siluetas,* Biblioteca Mignon (Madrid, 1899) 62.

y *Revista Ibero-Americana de Ciencias Eclesiásticas,* le dice: «En campo muy distinto existe el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza,* que sale con mucha intermitencia, y aun creo que tiene suspendida su publicación. Es también revista formal».[46]

Su última relación con los institucionistas tuvo lugar al crearse por R. D. del 11 de enero de 1907 la Junta para Ampliación de Estudios, de cuya comisión formó parte, si bien no asistió a la reunión de constitución celebrada el 15 de enero. Una de las funciones de la Junta era el envío y preparación de becarios. Ya Sanz del Río había considerado con anterioridad el proyecto de mandar jóvenes a estudiar al extranjero. Está claro que MP aceptó su nombramiento por compromiso, ya que no se hallaba a gusto en aquella Junta. A poco de haberse creado, le escribe a Rodríguez Marín quejándose de que todavía no se hubiera reunido, aunque pensando que iba a funcionar poco tiempo, le comenta: «La idea es buena; pero el personal no podía ser más abigarrado y sospecho que en el fondo de ello debía de andar la mano de los krausistas de la Institución Libre, que saben como nadie barrer para adentro y hacerse dar comisiones y subvenciones. Pero sospecho que con el cambio político la Junta dejará de funcionar y nadie volverá a acordarse de ella. En este inútil tejer y destejer nos pasamos la vida» (E, XIX, 32).

La idea de esta institución le parecía positiva y únicamente tenía el reparo de algunos de los miembros institucionistas o simpatizantes por lo que apenas asistió a sus reuniones. En los pocos años que le quedaban de vida, pudo comprobar que se había equivocado; la Junta para Ampliación de Estudios funcionó bien e, incluso, creó diversos organismos de investigación dedicados a los estudios científicos o histórico-literarios, como el Centro de Estudios Históricos, puesto en marcha por R. D.

---

[46] Debo esta información a don Andrés del Rey, Ayudante de la Biblioteca Menéndez Pelayo, a quien agradezco, igual que a M. Revuelta Sañudo, Antonio Santoveña y Rosa Fernández Lera su colaboración en este artículo.

de 18 de marzo de 1910, con una sección de Filología, y del que formaron parte Menéndez Pidal y Rafael Altamira.

Para él fueron los institucionistas un grupo ideológico distante a los que no supo o no quiso entender. De ahí su rechazo y el que no admitiera que, a pesar de sus defectos, constituyeron la mentalidad más renovadora y europeísta de la España contemporánea. Era un rechazo instintivo (visceral lo llama Santoveña), no tanto político y religioso como a causa de la mentalidad y fines de los krausistas, en los que veía un peligro. No se hubiera referido tanto a ellos si no considerara la fuerza de aquel grupo al que despreció diciendo que habían perdido el cetro en la universidad y en la alta dirección científica para refugiarse en la enseñanza primaria, cuando en el actual siglo consiguieron precisamente esas metas. El juicio le pareció a Clarín «muy injusto» y se lo manifiesta por carta (E, X, 137). En la Sociedad de Historia Natural, en la Enseñanza Media y en el Magisterio tuvieron los institucionistas, por ejemplo, un gran predominio e influencia.

La uniformidad de ideas y la protección entre ellos, su sentido práctico, el claro objetivo de sus metas y el silencio con el que correspondieron a las polémicas, fueron mayores motivos que el lenguaje, que en algunos de ellos fue correctísimo, para que MP los repudiara y viera como enemigos. De aquí que los considerara una rémora, un grupo cada vez más influyente y, en definitiva, como decimos, peligroso.

El conocimiento que tuvo del krausismo fue deficiente y estuvo predispuesto en su contra desde el principio. Las pocas obras de ellos existentes en su Biblioteca, no siempre representativas, corresponden, en gran parte, a discursos pronunciados en las diferentes Academias y en su mayoría no contienen dedicatorias.

El desacierto de Menéndez Pelayo al enjuiciar el krausismo y a sus representantes constituyó su mayor «error intelectual», o uno de los mayores, pero esta actitud no fue una norma constante en él a la hora de valorar cualquier corriente de pensamiento, sino que fue más bien la excepción en su

forma de proceder, ya que por lo general procuró informarse mejor y, desde luego, no procedió de forma tan agresiva.

La disparidad de pensamiento no era lo peor. Sí lo fue la falta de tolerancia y de reconocimiento al contrario, fenómeno que se dio entre los representantes de las dos Españas distanciados ideológicamente. Quizá tenía razón Menéndez Pelayo cuando se quejaba de que los españoles nos pasábamos la vida tejiendo y destejiendo. Él se dedicó a lo primero. Sin embargo, no acertó ni fue justo en su fobia a los krauso-institucionistas, que estaban haciendo lo mismo. El tiempo, con gran respeto siempre a su obra y a su gigantesca figura, le quitaría la razón y así la *Historia de los heterodoxos españoles* fue, después, considerada por Unamuno un libro sectario, forjador de la llamada leyenda blanca.[47] Y lo paradójico es que, cuando apareció el libro, el propio autor sería objeto de la incomprensión y del ataque de los grupos integristas y dogmáticos que le acusaron políticamente de *mestizo* y religiosamente de heterodoxo.

BENITO MADARIAGA DE LA CAMPA
Sociedad Menéndez Pelayo

---

[47] M. de Unamuno, *Visiones y comentarios*, Colec. Austral (Madrid: Espasa-Calpe, 1967) 149-150.

APÉNDICE

CUADRO N.º 1.—*Relación de obras y cartas de Krauso-institucionistas existentes en la Biblioteca de Menéndez Pelayo.*

NOMBRE	OBRAS	CARTAS
Rafael Altamira	26	83
Gumersindo de Azcárate	13	10
Urbano González Serrano	12	5
F. de Paula Canalejas	12	0
Joaquín Costa	11	1
Rafael Torres Campos	9	5
Emilio Castelar	6	12
J. Sanz del Río	5	0
F. Giner de los Ríos	4	1
Fernando de Castro	4	0
Lázaro Bardón	3	3
Patricio de Azcárate	3	0
Nicolás Salmerón	1	4
A. González de Linares	0	4
M. Bartolomé Cossío	1	0
M. Ruiz de Quevedo	0	0
Tomás Tapia	0	0

N.º 2.—*D. Julián Sanz del Río* [1]

Nació en Illescas.—Estudió teología en Granada.—Estuvo luego en Alcalá: ya se distinguía por lo nebuloso.—Gómez de la Serna, ministro de la gobernación (que entonces abarcaba la instrucción pública) le dió la comisión de ir a estudiar la filosofía alemana.—Se dedicó a aprender la lengua y luego se aplicó a la doctrina de Krause.—Vuelve.—Su correspondencia con Revilla (publicada en un tomo) por Medina y Navarro y merece consultarse).—Precedentes que el krausismo tenía en España; la Unidad simbólica: el Ahrens (D.N.) trad. por Navarro Zamorano; impugnación de Balmes.—Primera edición de la Analítica (1847).—Entrada de Sanz del Río en la Universidad central.—Su método pedagógico.—Sus primeros discípulos: Fdez. y Gonz., Canalejas, Gómez Marín.—Su discurso inaugural.—2.ª edición de la Analítica.—Ideal de la Humanidad.—Programas de Psicología, Lógica y Etica.—Las cartas vindica (tachado).—Impugnación del Krausismo en el Ateneo.—Id. de Orti y Lara.—Cartas vindicatorias.—Continua su propaganda: enseñanza privada y pública.—Asisten a sus lecciones D. Luis M.ª Pastor y otros personajes.—Segunda generación krausista: Salmerón, Federico de Castro, Ruiz de Quevedo, Rios y Portilla.—Círculo filosófico y literario de Madrid: discusiones.—Sigue Orti y Lara su campaña.—Los textos vivos de Villoslada.—La prensa democrática informada de Krausismo.—Separación de Sanz del Río y otros profesores.—Revolución de Septiembre.—Influjo de Sanz del Río en ella.—El Krausismo triunfante.—La legislación revolucionario krausista.—El Krausismo en la prensa y en la enseñanza.—Tercera generación krausista: Castro (D. F. de), Tápia, Calderón Llanes, Calavia, Revilla, Chamorro, y otros muchos.—Muerte, entierro y testamento de Sanz del Río.—Sus obras póstumas.—Idea general de los resultados de su propaganda con relación a la religión, moral, política, filosofía, ciencia, Etc.

---

[1] En carta de 9-XII-1875 (*Epistolario*, I, p. 362), le escribe Laverde a MP: «Como yo conozco muy someramente la vida de Sanz del Río no es fácil que trace bien el plan para su biografía. Allá va, con todo, un bosquejo, si bien incompleto; pero V., con más datos, ya llenará los vacíos. Una vez escrito su estudio, lo veré y le indicaré cualquiera omisión importante que advierta». Este es el bosquejo, tomado del fondo Laverde de la Biblioteca de Menéndez Pelayo.